

Habían sido apresados en las playas de Barnegat, New Jersey, al hacer agua el viejo barco que los conducía a Cuba.

¡Qué legión tan brillante de expedicionarios! Parecía como que la juventud dorada de Cuba que ha hecho célebre "La Acera del Louvre", en la Habana, se había trasladado en cuerpo al salón del viejo edificio de Correos. Aquellos jóvenes respondían a los apellidos más ilustres en la historia de Cuba; Verona, Zambrana, del Monte, Quesada, Aguilera, Gilanga, y otros. Y dando tono revolucionario a esa juventud inexperta, allí se encontraba también el viejo lobo mambí que respondía al nombre de Juan Fernández Ruiz, veterano de la década heroica, natural de Bayamo y compañero de los generales José Martínez Díaz y Juan Marcano; Ruiz tenía a su lado y nos presentó, a un joven simpático, lleno de vida, llamado Rutea, cuyo acento catalán contrastaba con su indumentaria insurrecta, y así se lo dijimos.

— "Nací en Cuba" — nos contestó Rutea — "de madre cubana y padre militar español. Desde muy niño vivía en Barcelona, pero al llegar a hombre he sentido en mi interior una voz que me mandaba venir a cumplir con mi deber de cubano, y aquí estoy." Y lo dijo sin jactancia y como si se tratara de un viaje de placer.

Efectivamente, en cuanto pudo emprender de nuevo el camino, Rutea volvió a incorporarse a otra expedición y ésta, con mejor fortuna, logró desembarcar en "Cuba Libre"; pero a poco de llegar a tierra cubana, una bala española tronchó la vida temprana del pobre Rutea, de habla catalana, pero de alma de patriota cubano.

Cuba,
¡Oh tierra de libertad! ¡Cuánta sangre generosa ha regado tu suelo!
Los cubanos que hoy gozan de las libertades de un pueblo independiente saben que sus que sus padres y sus abuelos, y los padres y los abuelos de los suyos, hicieron el supremo sacrificio en aras de la independencia patria, para que

hoy sus descendientes puedan vivir en tierra propia, a la sombra de su propia bandera. Para saber cómo puede apreciarse esto, es necesario ser cubano y sentir como el cubano.

Ruz.

Coro Ruzos, de la nueva generación, murió también el Gral. Ruz, de la vieja estirpe. Vivía tranquilamente en Barcelona, al calor del hogar, "a orillas del Llobregat", como dijo él en cierta ocasión solamente; viejo centenario, habiendo cumplido con su patria como el que más, en la guerra grande. Sintió la nostalgia de la manigua, el olor a pólvora y sangre, según nos dijo, y pensó que no podría vivir tranquilo por más tiempo sin avergonzarse cuando en su presencia se hablase de las heroicidades cubanas, y viendo a América, llegó a los campos de Cuba y una noche sus compañeros de insurrección lo encontraron muerto, acurrulado en una hamaca. ¡Cumplió también su destino!

X

X X

Y mientras en la manigua luchaban los cubanos con las armas, en la emigración les prestaban auxilios materiales, y propagaban por la causa santa, una pléyade ilustre de intelectuales que habían temido que dejar la Isla. Entre estos figuraba en primer fila, Don Raúlundo Cabrera, cubano de prestigio, que con Galvez, Montoro y otros, había pertenecido al Comité Central Autonomista y no pudiendo sostener por más tiempo los desmanes y atropellos en su país, se había trasladado con su familia a vivir vida tranquila en la gran urbe, ya que la fortuna le había sonreído y contaba con recursos propios para ello y su edad madura no le obligaba marchar a la manigua.

Era Cabrera de carácter afable, de ilustración vasta, sobre todo, de notable persuasión y templanza en su trato. Desde su llegada a New York había

hecho acto de presencia en la Delegación Cubana, a ponerse a la disposición de Don Tomás Estrada Palma, el jefe reconocido del Partido Revolucionario Cubano y a todo paisano que llegaba a New York y tenía alguna significación en su país, aconsejaba Cabrera que debía hacer lo propio.

La residencia de Cabrera era el sitio de reunión de la intelectualidad cubana en New York; allí se reunía de tres a siete todas las tardes una docena por lo menos, de los hombres más notables de la emigración, a comentar la última noticia recibida de la manigua o de la Habana, a cambiar impresiones, o a criticar las últimas disposiciones de Don Tomás, que de todo había.

Allí encontré muchas veces, al visitar a Cabrera, a Nicolás Heredia, Manuel Sanguili, José A. González Lanuza, Enrique J. Varona, Dr. Diego Tamayo y a otros. Entre todos estos distinguidos cubanos, sobresalía siempre Sanguili por su charla amena y occurrente, por sus citas atinadas y, sobre todo, por la causticidad de sus críticas. Era despiadado en ridiculizar a Estrada Palma a quien conceptuaba de mediocre y causante, por su falta de tacto, de que el Gobierno Americano no hubiese reconocido la beligerancia de los cubanos. Algunas veces estas charlas y críticas tomaban un tinte demasiado subido, anunciendo contienda entre los contendulios, y entonces surgía la voz templada de Raimundo Cabrera aconsejando a sus amigos a ser más justos y generosos en sus juicios y críticas.

Los puertorriqueños tienen una deuda de agradecimiento para con Raimundo Cabrera, porque, desde su llegada a New York hasta que se llevó a efecto la invasión de las tropas americanas en nuestro país, se puso al lado de los que laboraban por la independencia de nuestra isla. Desde París, el Dr. Betances le había recomendado al Dr. Henna y en seguida se identificó con éste patriota y puso su pluma y su influencia a nuestro servicio. Sus consejos prudentes, en momentos difíciles, nos evitó rompimientos con la Delegación Cubana por lo que

creímos entonces informales y falta de cumplimiento a compromisos sagrados contraídos por Estrada Palma, Cabrera y González Lanuza, aceptaron constituirse en una comisión para intervenir acerca de la Delegación Cubana, y aclarar los hechos. El Directorio Puertorriqueño los nombró para tal comisión y cuando al cabo de algunos días rindieron sus informes, el departamento suscrito por estos dos hombres ilustres en la historia política de Cuba, y que pasaron a la historia en primera fila de la intelectualidad cubana, demostraba que habían tomado un cuidado especial en estudiar el asunto de suyo delicado. La solución realizada por estos dos amigos era más bien a base de un consejo patriótico. No eran tiempos propicios para levantar cuestiones entre el Directorio Puertorriqueño y la Delegación Cubana; lo eran de tacto de cod, de poner unos y otros el hombro a la rueda y ayunar a acuerde de una vez con la dominación española en Cuba.

Si para esto era necesario cojer todos los recursos, no importa de donde procedieren, y llevarlos a los campos de Cuba, y solo así podía conseguirse el noble ideal de la Independencia de Cuba, el Directorio escató el consejo dado y no hubo más controversias.

Terminada la guerra Espano-Americana, y ya Cuba luciendo al lado de la bandera de las franjas y las estrellas, la patriótica enseña de la estrella solitaria, volvió Raimundo Cabrera a las playas de Cuba.

Ya no era necesaria la intervención de la pluma jadís bien cartada del distinguido letrado para escribir otro libro famoso como el que diera a la estampa en el año 1886 titulado "Cuba y sus Jueces". Este libro notable fué como si dijeramos la biblia en manos de la juventud cubana y llegó a imprimirse de 61 más de 12 ediciones.

Después de la Independencia de Cuba, la pluma de Cabrera se dedicó

a coronar a los héroes de la epopeya gloriosa y a ensalzar a
independencia bajo bases seguras de libertad.
